

## INTRODUCCIÓN.

### EL ACTA NOTARIAL DE UN MILITAR

El 22 de noviembre de 1975, dos días después de su fallecimiento, mediante incorporación de los últimos datos y el correspondiente certificado, se cerraba definitivamente la *Hoja matriz de servicios* de Francisco Franco que se había abierto en 1907.

Era la última página de un soldado que, desde 1938 hasta el 20 de noviembre de ese año, había permanecido en servicio activo, como capitán general de los Ejércitos, hasta el día de su muerte; que, por decisión del Jefe del Estado que le sucedió, permanecería durante varios años en la cúspide de los escalafones de los tres Ejércitos, hasta que en 1987 una reforma sobre las inclusiones en las escalas permitió retirar su nombre de forma definitiva<sup>1</sup>.

Soldado desde los 14 años, pues esa era la edad que tenía cuando obtuvo plaza de cadete en la Academia Militar de Infantería sita en Toledo, hasta fallecer unas semanas antes de cumplir los 83 años. El 20 de noviembre de 1975 concluía la vida de quien, durante más de 67 años, independientemente del ejercicio de la jefatura del Estado, que no es el objeto de este libro, había sido un soldado.

Si como gobernante pudiera sentirse próximo, según tantas veces se repitió –incluso algunos biógrafos han usado la comparativa– a Fernando el Católico o Felipe II, como militar-gobernante su biografía podría asimilarse a la de los generales Espartero o Serrano, por no remontarnos aún más lejos en la historia.

¿Cuántos años de servicio se acumulan en su biografía? Si sumamos los abonos por tiempo de campaña, incluidos en su hoja de servicios, a los que estuvo en activo como militar, la resultante sería que sirvió en el ejército un tiempo que equivaldría a casi 80 años; con lo que cabría decir que fue soldado prácticamente desde la cuna, si nos dejáramos llevar por la habitual imagen retórica. Quizás solo con el general Valeriano Weyler, quien por cierto tenía una estatura de 1.52, fallecido en 1930, pudiera compararse la longevidad de su biografía en el ejército español.

A lo largo de su vida fue siempre el Generalísimo o, simplemente, el general Franco. En ambos casos no es una adulación sino un empleo, aunque su enunciación pudiera tener la carga de renombre que siempre da alcanzar el grado profesional máximo posible. Anotan que cuando el general De Gaulle le visitó en

1 Ya se habían hecho algunos cambios con respecto al contenido de lo dispuesto en 1975. De hecho, en 1986 Franco, como «generalísimo y capitán general de los Ejércitos» y «Caudillo de España», ocupaba el quinto lugar en el escalafón de Tierra. Le precedían: Juan Carlos I como Capitán General, el ministro de Defensa Narcís Serra (PSOE), el Jefe del Estado Mayor de la Defensa, teniente general Gonzalo Puigcerver y el Jefe del Estado Mayor del Ejército, teniente general Íñiguez del Moral. En el caso de la Armada aparecía en el número 2 tras Juan Carlos I.

1970 comentó: «Él es el general Franco, es mucho; yo era el general De Gaulle, era suficiente». Una conclusión bastante ajustada a la realidad, porque Franco fue general en activo hasta el día de su muerte.

La historia nos dice que en noviembre de 1975 concluía una carrera militar que había comenzado un 9 de noviembre de 1907, cuando, tras los exámenes, entró en la academia toledana. Soldado pues desde los 14 hasta casi los 83 años.

Ahora bien, esa carrera militar dejó de existir para la mayoría de los españoles y para la mayor parte de sus biógrafos al acabar la guerra civil, cuando le impusieron la Gran Cruz Laureada de San Fernando, aunque durante casi cuatro décadas los españoles asumieran que su vestuario usual era el uniforme militar.

A partir de 1939 la carrera militar de Franco pasó a un segundo plano, de tal modo que escasas son las referencias que a la misma podemos encontrar en cualquier biografía sobre el personaje de las muchas que existen, lo que ha llevado a una distorsión al menospreciar el peso de lo militar, y ahondar en razones de orden político, incluyendo la ambición o la «erótica del poder» que hace unas décadas estuvo tan de moda, como explicación del personaje y sus decisiones. Ciertamente es que no podía ser de otro modo, porque la figura del Jefe del Estado, al que usual y coloquialmente se llamaba «el caudillo», acabó imponiéndose a todo lo demás con gran celeridad<sup>2</sup>. Quizás por ello, la biografía militar de Franco haya despertado menor interés entre los investigadores a la hora de enfrentarse a la documentación conservada y solo contemos con algunas monografías, casi todas ellas realizadas por historiadores militares<sup>3</sup>.

La carrera militar de Franco, el retrato fidedigno de un soldado, debe abordarse asumiendo que, en gran medida, es la historia de un hombre ajeno a la posición y el poder que alcanzó entre 1936 y 1939. Un poder inicialmente absoluto en lo militar y lo político, algo imposible de prever en el tiempo que discurrió desde que, como teniente segundo, salió de la Academia toledana hasta alcanzar el empleo de general de división. Todos sus biógrafos, incluyendo a sus más enconados antibiógrafos, reconocen que hasta 1936 careció de adscripción política concreta, que se caracterizó por su profesionalidad, siendo solo el guardián de su brillante carrera militar. Su biografía, hasta ese momento, podría trazarse adaptándola a los parámetros de mito americano del *self-made man*, surgido en la segunda mitad del siglo XIX y popularizado posteriormente: el hombre arriesgado,

<sup>2</sup> El término caudillo no era extraño en el ejército de África, ni desconocido en la prensa que cubrió las guerras de Marruecos. A Franco se aplicó el calificativo en diversas ocasiones y se le identificó como el «caudillo del Tercio», aunque entre los legionarios era conocido como el sheriff. Pese a los intentos por parte de Javier Conde, tras la guerra, de conceptualizar una doctrina del caudillaje, Franco utilizó el término como el de «caudillo militar», remontándose a los antecedentes medievales o íberos tan gratos a la historiografía decimonónica.

<sup>3</sup> CASAS DE LA VEGA, Rafael: *Franco, militar*, Toledo: Fénix, 1995; FONTENLA BALLESTA, Salvador: *Franco, caudillo militar. Su historia en los campos de batalla 1907-1975*, Madrid: La esfera de los libros, 2019.

trabajador, que no confía en la suerte, sino que traza su suerte, cuyo horizonte es la continua automejora que le permite sobresalir.

La carrera militar de Franco, para un sector mayoritario de la historiografía, se transforma en una escuela del personaje, dotada de omnipresente negatividad,

forzando su análisis e interpretación para ser el antecedente determinista del retrato que, desde finales de los años sesenta del siglo XX, difunde la «hagiografía antifranquista», que emerge como un mantra insuperable hasta en los biógrafos más actuales que se presentan como superadores de la polémica, heraldos del «consenso historiográfico», y hacedores de «biografías ponderadas». En la mayoría de los casos, cuando se revisan las páginas dedicadas a la biografía militar de Franco, a su vida entre 1907 y 1935, es fácil percibir su opción por asumir trabajos previos en los que es notoria la falta de utilización de las fuentes primarias, de la documentación, y el abuso de las opiniones de quienes, siendo coetáneos al personaje y, en ocasiones, sobreviviéndole, utilizan sus recuerdos como último ajuste de cuentas<sup>4</sup>. Testimonios que son aceptados, sorprendentemente, sin la menor revisión crítica y obviando utilizar la lógica de la coyuntura, simplemente porque se acomodan a la tesis previa que el autor tiene y le permiten poner, como aparato crítico de sustento, una nota a pie de página.

Si tratamos de acercarnos al general de división Francisco Franco antes de 1936 cabría preguntarse por la opinión de sus coetáneos y cómo esta se trasladó a la historiografía. Franco era en 1935, y basta para ello con acudir a la prensa de la época o a las memorias de no pocos personajes publicadas entonces, el general en activo de mayor prestigio del ejército español merced a una brillantísima carrera militar. Quedan, por ejemplo, los artículos de prensa con que fue recibido al asumir el mando de la Comandancia General de Baleares en 1933, cuando aún no se había producido la denominada «revolución de octubre» de 1934, en realidad el intento armado de acabar con la legalidad organizado, entre otros, por el PSOE y la UGT. No pueden ser más elogiosos.

Si prescindimos de las primeras biografías escritas sobre Franco y publicadas en España (Arrarás, Valdesoto, Galinsoga...) y tornamos la mirada a la primera hornada de estudios realizados, en la segunda mitad de los años sesenta, por los hispanistas sobre la guerra y el propio Franco, nos encontraremos con su primera aproximación al intento de perfilar quién y cómo era aquel militar. Traigamos, como punto de partida para situar al lector, dos ejemplos: Payne y Thomas.

<sup>4</sup> Algo que resulta más que evidente en dos de los casos más citados como fuente de autoridad: Pedro Sainz Rodríguez, Vicente Guarnier Vivanco. Añádanse a ello las fantasías de Antonio Cerdón. Cfr. SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro: *Testimonio y recuerdos*, Barcelona: Planeta, 1978; SAINZ RODRÍGUEZ: *Un reinado en la sombra*, Barcelona: Planeta, 1981 y *Epistolario de Sainz Rodríguez* (8 volúmenes), Madrid: Fundación Universitaria Española, 2007-2015; CORDÓN, Antonio: *Trayectoria. Recuerdos de un artillero*, Sevilla: Espuela de Plata, 2008.

Para Stanley G. Payne, en su ya lejano *Franco's Spain* (1967), se trataba del «más famoso general del Ejército español. Un modelo de profesionalismo [...] general de brigada, uno de los más jóvenes de Europa, el más famoso entre la oficialidad joven del Ejército y con un renombre por su valor personal, valentía en el combate, disciplina profesional y cualidades de líder. Aunque tenía pocos amigos personales, era respetado casi universalmente».

Por su parte Hugh Thomas, en su clásica historia de la guerra civil, luego revisada y matizada, compaginando la crítica con la valoración, lo calificaba como militar «poco imaginativo», ya que estimaba que «resulta difícil aceptar que en ningún momento hubiera podido ganar la guerra con más rapidez, aun haciendo una guerra especialmente sangrienta», indicaba que «tenía fama de aplicar estricta, en incluso

cruelmente, la disciplina, así como poseer un valor incomparable y una extraordinaria buena suerte ante el fuego enemigo. Era un excelente organizador, y la eficacia de la Legión Extranjera se debe principalmente a él [...] Poseía excelente reputación como brillante y joven general».

Desde entonces el debate sobre cómo era el militar rebelde de 1936 ha estado presente en la guerra de los biógrafos que siguen cruzando armas en la historiografía, pero retrocedamos hasta los años treinta nuevamente.

Durante la II República fue el general pretendido por los radicales, por los hombres de la CEDA, por Primo de Rivera y por los monárquicos. Pudo haber sido también el general de Azaña, si este hubiera tenido mayor perspectiva, y quizás la historia, si hubiera el dirigente republicano superado su jacobinismo, hubiera discurrido de otra forma. Alcanzó el empleo más alto en su carrera, se convirtió en el general que en 1934 había salvado la propia República y quizás su única ambición, claramente señalada, fuera la de ocupar el puesto de Alto Comisario de España en Marruecos para aplicar las políticas que había defendido la revista que dirigió durante algo más de seis años, convertida en una publicación de notoria influencia, expresión de un africanismo que más allá del tópico cabría revisar. Ese quizás fuera el broche que Franco esperara en 1936 para ser un nuevo general José Marina. Su propia mujer, en una entrevista de antes de la guerra, decía que su principal defecto era que le gustaba mucho África.

Fue tentado por la política, pero escapó a ello, lo que no era fácil. En 1935, según Javier Tusset, se transformó en el árbitro de la circulación militar y, de algún modo, también política. En la misma línea, Moradiellos anota que poseía un liderazgo casi incontestable en 1935<sup>5</sup>.

5 «La aplastante victoria que logró en Asturias no solo le convirtió en el héroe de la opinión pública conservadora, sino que reforzó su liderazgo sobre el cuerpo de jefes y oficiales, muy por encima de su lugar en el escalafón y de su antigüedad reconocida». MORADIELLOS, Enrique: *Franco. Anatomía de un dictador*, Madrid: Turner, 2018, p. 55.

Paul Preston, el más moderno y conocido de los biógrafos antifranquistas, en la revisión de su clásica biografía, reconoce que ya como capitán adquirió «una reputación de oficial de campo metódico y bien preparado, interesado en logística, en abastecer sus unidades, en trazar mapas y en la seguridad del campamento». Y esa reputación no hizo sino ampliarse. Moradiellos, por su parte, anota que en Marruecos se reveló «como un oficial serio, metódico, valiente y eficaz, obsesionado con la disciplina y el cumplimiento del deber». Siempre con fama de ordenancista, lo que algunos autores consideran como un defecto al no entender las implicaciones del concepto del deber en un militar, como revela esta anécdota contada a su médico, el doctor Ramón Soriano:

«Siendo yo oficial de Regulares (tendría diecinueve o veinte años) y hallándome en Melilla, un soldado de Artillería, con todos los agravantes propios del caso, como es estar en el frente, etc., mató a un cabo.

El tribunal fue constituido por el coronel del regimiento de Artillería, dos capitanes del mismo, más dos oficiales pertenecientes a otros regimientos, mediante sorteo,

entre ellos yo. El coronel, con unos bigotazos que recordaban a Saliquet, alto, gordo, imponente, opinó que como el soldado era un muchacho de buena conducta, se le debía castigar a solo doce años de prisión. Los capitanes se apresuraron a apoyar esta petición. Como no habían contado conmigo, antes de firmar el escrito les dije:

“Un momento, señores. Según las Ordenanzas (que aquí las traigo) aquel que mata a un superior en pleno frente debe ser pasado por las armas. Ahora bien, como según dicen, se trata de un muchacho de buena conducta, debemos elevar una súplica al Rey para que le sea conmutada la pena. Es Su Majestad, y no nosotros, quien tiene atribuciones para perdonar”.

Saltó el coronel: “Lo dicho, dicho está y se acabó, el juicio”.

No me callé: “Perdón, mi coronel, con todos los respetos, sepan que informaré de lo ocurrido al Ministerio de la Guerra para que decidan”. Me fui al regimiento, tomé una máquina de escribir y redacté un informe al ministro. Contestación: “El coronel, condenado a un castillo”. Cuando este abandonaba Melilla me lo encontré causalmente y me dijo: “Teniente me ha j... usted”. Le respondí: “No, mi coronel, solo he hecho cumplir con mi deber. A sus órdenes”».

También, como un defecto, anotan algunos autores que era un militar que aplicaba los reglamentos sin desviarse un milímetro de los mismos. Sin embargo, el lector encontrará en estas páginas no las opiniones sino los documentos que nos dicen exactamente lo contrario, que llegado el caso era crítico con los reglamentos, que operaba en el campo de batalla, con notoria autonomía y decisión, y que, llegado el caso, si era necesario postergaba las órdenes tal y como él relató a su médico, el doctor Vicente Pozuelo, sobre lo acontecido en el desembarco de Alhucemas:

«Cuando ocurrió el desembarco, tuve una cierta reacción personal; aquello me valió una “conversación” con el general Primo de Rivera. Yo mandaba una unidad en la que iba una primera oleada de legionarios. Un oficial de Marina que viajaba con nosotros, al llegar a la costa se encontró con que allí no se podía desembarcar: el agua cubría más de metro y medio. El hombre había calculado mal. Muchos de nuestros soldados no sabían nadar. Él, en estas condiciones, comunicó con el Alto Mando; dijo que se había equivocado y, a continuación, se dio la orden de que las tropas volvieran. Pero ya los “pacos” habían comenzado a disparar. Me hice cargo de la situación y pensé que nuestros soldados iban a quedar, a partir de entonces, con la moral por los suelos. Aquello podía interpretarse como un fallo de la operación. Naturalmente perderían también la confianza en sus jefes. Creí que los rifeños, sin embargo, se reforzarían pensando que nos habían rechazado. Así que me creí en la obligación de dar la orden: “¡Al asalto!”. Al corneta, que venía a mi lado, le indiqué: “Da la consigna”. El corneta tronó: “Legionarios a luchar, legionarios a morir...” Los legionarios saltaron al agua y realizaron el desembarco. Se ayudaban entre sí. Era verdaderamente emocionante. Ganamos los primeros puestos y se consumó la operación. Eso fue todo.

[...] Yo, en realidad, al proceder con arreglo a mi criterio había, en definitiva, desobedecido las órdenes recibidas. Naturalmente, se me llamó para que explicara

los porqués de mi actitud. Dije que, a mi juicio, se hubieran producido muchas más bajas si hubiéramos retrocedido y que así, habiendo hecho lo que hicimos, culminábamos el desembarco y, de paso, lejos de elevar la moral del adversario, minábamos su ánimo, y enaltecíamos el de nuestras fuerzas. Para mi defensa me basé una ordenanza en la que se concede a los oficiales, al mando, la posibilidad de iniciativa en los momentos cruciales de una operación. Esta es la verdad de lo que allí pasó»<sup>6</sup>.

Afirmar que Franco era uno de los generales fundamentales, quizás el más importante, del ejército español en 1936, no es ni adulación ni exageración; es

6 POZUELO ESCUDERO, Vicente: *Los últimos 476 días de Franco*, Barcelona: Planeta 1980, pp. 41. 16

la constatación de una realidad. En las páginas de este trabajo, reproduciendo o extractando la documentación original, el lector va a poder hacer una valoración exacta de sus méritos, a través de las declaraciones vertidas, por militares de toda graduación, en los expedientes instruidos para el obligatorio juicio contradictorio, previo a la concesión de sus rápidos y sucesivos ascensos entre 1920 y 1928. En ellos las declaraciones son abrumadoramente, cuando no unánimes, favorables. Entre los testigos nos encontramos con no pocos militares de renombre que, en la guerra, estarían en las dos orillas, ofreciéndonos testimonios más que elogiosos de su valor militar: José Miaja, José Millán-Astray, Rafael Valenzuela, Alberto Castro Girona, José Riquelme, Núñez de Prado, Dámaso Berenguer, José Sanjurjo, Manuel Goded, Mariano Santiago, Miguel Abriat, José Cavalcanti, Sebastián Pozas, Luis Rodríguez Ponce de León, Gómez Morato, Luis Fiscer, Alfonso Beorlegui, Juan Muñoz Barredo, Román Losada Pérez, Mena, Miguel García de la Herrán, Luis Valcázar, Joaquín Milans del Bosch. Entre los jueces instructores figuraron: Federico de Sousa y Regoyes, Emilio Mola, Leopoldo Saro, Antonio del Castillo, Juan García Aldave, Antonio Gudín... Sus ascensos y condecoraciones estarán firmadas por: Alfonso XIII, Manuel Azaña, Niceto Alcalá-Zamora, Alejandro Lerroux, Primo de Rivera, Julio Ardanaz, Juan O'Donnell Vargas, Luis Aizpuru, Agustín Luque... Nombres que, al lector de hoy, en su mayor parte, dirán poco, pero que entonces, en el mundo de la milicia, representaban mucho.

Ante los hechos documentados, ante los testimonios de quienes tienen brillantes biografías y han ganado méritos y condecoraciones en campaña, es difícil aceptar las valoraciones supuestamente fundadas que hacen quienes, exhibiendo como mérito y autoridad su grado militar, sin ninguna experiencia real, hablan de la «incompetencia militar» de Franco. Son los que solo han tenido consideración como investigadores porque sus tesis entraban dentro, con aparente rigor de experto, de las tesis al uso de la *vulgata antifranquista*<sup>7</sup>.

¿Qué nos dicen todos aquellos militares sobre Franco? Que es el hombre de los «milagros tácticos», de la «visión táctica», capaz de encontrar el punto decisivo en el combate; de valor estoico, energía sobrehumana, serenidad, actividad insuperable, competencia técnica, valor extraordinario, levantado espíritu, tenaz perseverancia, valor frío y sereno; jefe de excepcional capacidad para el mando de tropas en campaña y experto en la guerra de Marruecos, dominador del arte de la guerra, positivo valor nacional...

